



www.de1939a1945.bravepages.com

Presenta:

Wilde 5

Una creación de:

Major Friedrich von Reinhart
reconsqdn@yahoo.es

Setiembre 2006

<http://www.de1939a1945.bravepages.com>

Wilde 5.

- Wilde 5. Conteste...

En la penumbra de la sala de control el operador de radar cruzó una sombría mirada con la auxiliar. La joven se quitó temporalmente los auriculares quedando colgados de su cuello. Su rostro a la tenue luz verde de la pantalla reflejaba resignación.

- No responden señor.

En la pantalla de control del Freya aparecía una única señal. El operador asintió y otra auxiliar retiró el marcador del mismo nombre del mapa de control.

- Otro bombardero que pasa.

La joven de los auriculares retomó su trabajo:

- ¿Wilde 7? Puesto 295. Le guiaremos hasta la intercepción. Rumbo 2-5-0...

-
- Señor, una comunicación de defensa aérea: Informan que han perdido contacto con Wilde 5.
 - Wilde 5...- El oficial se dirigió hacia la pizarra de vuelo a su espalda – El HN+TY: Lundt y Altmann. Pobres chicos – comentó antes de borrarlos de una pasada – No les dio tiempo a cazar ninguno.

La noche transcurría normalmente en la escuadrilla nocturna. La segunda oleada se preparaba para relevar a los que habían cubierto el primer turno de oscuridad. Apenas se encendieron los focos de la pista, un grisáceo 110 tomó tierra con toda normalidad. Los mecánicos se acercaron, era el HN+TY. Los tripulantes parecían muertos.

El aparato estaba aparcado en su zona de dispersión habitual. La ambulancia aparcó a su lado con un brusco frenazo. El personal de tierra intentaba infructuosamente abrir la cabina recorrida de lado a lado por una ráfaga de ametralladora.

- Dese prisa sargento. – Le apuró el enfermero.

En ese instante resbaló la palanca con la que intentaban forzar el cierre cayendo el fornido suboficial hacia atrás.

- ¡Jamás ví un atasco semejante! Avisa al capitán Neukirch [...]
- Disculpe señor – se descubrió el gefreiter Pfelz – Tenemos un problema con el HN+TY.
- ¿Ese no es el asignado al leutnant Lundt? Control aéreo lo había dado por derribado.
- En cierto modo, señor. Creemos que están muertos.

- ¿Qué quiere decir exactamente con que lo creen?
- Verá mi capitán. No hemos sido capaces de abrir la cabina ni con palancas, ni con soplete, incluso hemos disparado al cierre. Es muy extraño.
- Tienen que sacarlos.
- Los métodos que nos quedan por probar podrían dañar los cuerpos...
- ¿Cómo están tan seguros de que están muertos?
- Créame mi capitán, esa cabina es una bañera de sangre.
- Proceda.

Ni siquiera las cargas explosivas pudieron facilitar la apertura. Habían saltado las manillas pero era como si una fuerza sobrenatural la mantuviera sellada. Se emitieron los certificados de defunción pero se desistió en el empeño ante otras prioridades. Al fin y al cabo, el aparato había sido dado por derribado.

Acababa de anochecer y el personal se preparaba para las misiones habituales.

- Pfelz, No has recargado la munición de mi aparato.

El Gefreiter se volvió y sintió que se le congelaba la sangre en las venas.

- Leutnant Lundt. ¡Está...!

Iba a haber dicho “vivo” pero su uniforme estaba ensangrentado y desgarrado incluso le faltaba un gran pedazo de carne en el costado por el que asomaba una costilla.

- Dáte prisa. Voy a salir en 15 minutos.

Pfelz corrió a contárselo a los demás compañeros que salieron a contemplar la silueta que se alejaba por la pista. El espectro se volvió:

- ¿Qué estais mirando? Rearmad mi avión.
- No lo hagais. – les detuvo el sargento

- ¿Es que tengo que hacerlo yo todo? – les reprochó Altmann con varias cintas de munición al hombro y un tambor en la otra mano. Su aspecto era igualmente cadavérico con sus horribles heridas abiertas.

- Será mejor que obedezcamos. Dieter avisa al capitán.

El caza nocturno despegó ante las aterradas miradas de pilotos y personal de la base. ¿Qué estaba sucediendo?

- Wilde 5 a Puesto 295.
- Señor. Intentan comunicar con nosotros con la clave de anoche.
- ¿Le sucede algo Gisela?

- Mi ... prometido iba a bordo del Wilde 5 anoche cuando lo derribaron. Me resulta especialmente cruel.
- Ignórelo.
- Wilde 5 a Puesto 295 ¿Me reciben?
- Abandone esta frecuencia. No está autorizado...
- ¡No seas boba Gisela! Soy yo, Gustav, dame un vector de intercepción.

La joven arrojó los auriculares dando un grito y abandonó la sala despavorida. Todos los intentos por calmarla fueron inútiles. Al final hubo de venir un médico que le inyectó un calmante. A juzgar por lo que contaba había perdido la razón.

Aquella noche desaparecieron dos señales en el radar y, de nuevo, un Bf110 impregnado de muerte tomó tierra en una base cada vez más inquieta.

El señor Hoffmann siempre había sido policía, incluso durante la Gran Guerra, sus tareas en el Frente estuvieron relacionadas con el mantenimiento del orden. Fascista convencido, tras el Tratado de Versalles, colaboró en un Freikorps hasta que las luchas por el poder precipitaron su salida. Ahora, tenía más de 50 años y era un respetado veterano en la Gestapo.

Faltaban aún unas horas para que volviera a entrar de servicio pero ni se paró a pensar en que apenas había dormido. Su hija, la que trabajaba en el hospital, le había llamado por teléfono para avisarle que su hermana gemela había sido ingresada. No había querido darle detalles pero le había urgido su presencia.

Cuando entró en la habitación, Gisela dormía. Katrin se levantó de la silla a su lado y tomó a su padre aparte para contarle lo poco que sabía.

Decidido a aclarar los hechos tomó el coche con destino a la pista de Oldenburg. A pesar de los iniciales reparos del centinela, le dejaron pasar.

Era una base amplia desde la que operaban también las unidades diurnas de defensa del Reich. Se presentó en el despacho del oficial al mando, a quien explicó la investigación tras el pretexto de un posible sabotaje de las comunicaciones.

Al principio, el oficial se mostró poco dispuesto a cooperar pero, dada la superposición de competencias y el amenazador tono empleado por el policía acabó por reconocer que, él, no había oído más que rumores y que si alguien podía saber algo era el capitán Neukirch, que en aquellos momentos estaba acostado.

Hoffman salió de la base dispuesto a regresar esa misma noche y sacar algo en claro.

Al atardecer se presentó en la base. Neukirch no estaba en su oficina y el Oberfeldwebel al cargo del papeleo, aunque muy amable, no hacía más que darle largas y una interminable lista de excusas para que no abandonase el local hasta su regreso. Parecía muy nervioso.

La paciencia del Sr. Hoffmann, que nunca había sido mucha, llegó a su límite cuando escuchó arrancar un bimotor.

- Por favor Sr, espere aquí. Ya no puede tardar.
- No tengo toda la noche...¿O existe alguna razón por la que no deba salir?
- Hay mucho ajetreo ahí fuera- titubeó - Los chicos conducen sin luces...podrían atropellarle.
- Me arriesgaré.

Se dirigió al primer hangar y preguntó por el capitán.

- Está volando. Ha salido hace cinco minutos.
- ¡Qué mala suerte! Supongo que usted podrá ayudarme soldado. ¿Trabaja usted siempre en el turno de noche?
- Desde que me destinaron a esta unidad. Medio año después de la caída de Francia.
- ¿Conoce a los pilotos?
- Bueno, sabemos sus nombres pero es una relación estrictamente laboral.
- ¿Conocía a Gustav Lundt?
- Murió hace poco. – respondió empalideciendo súbitamente.
- Así consta en el registro de aquella noche. Supongo que sabe donde se oficiará el funeral.
- No le conocía tanto. Señor, si me permite debo volver al trabajo.
- Una última cosa. No he visto su esquelera en la oficina. ¿Estará quizás en el comedor? ¿Dónde la leen sus compañeros que quieren asistir?
- Nunca me he preocupado de esos temas.
- Entiendo. Esperaré por aquí al capitán Neukirch y si no quiere que lo mande arrestar, más le vale regresar antes de que salga el sol. Confío en que se lo notifique personalmente.
- Sí señor...

No fueron necesarias más explicaciones. El teniente Lundt se tambaleaba frente a la puerta del hangar con unas cintas de munición al hombro. El policía lo reconoció y se acercó a él con cautela, presintiendo algo extraño.

Reuniendo todo su valor pronunció su nombre y el cadáver se volvió hacia él.

- ¿Qué está haciendo aquí Sr. Hoffmann? – le interrogó una voz de ultratumba pero reconocible como la del piloto - ¿No le habrá sucedido algo a Gisela?
- Bueno sí... – titubeó – aunque no como a ti.
- A mí no me sucede nada. Altmann – se dirigió al otro espectro que se acercaba por la espalda del policía – Te presento al padre de Katrin.
- Es un placer Sr. Hoffmann. Estoy muy interesado en su hija pequeña.

El policía retrocedió aterrado ante el aún más desfigurado suboficial. Su macabra declaración le produjo una sensación de frío extremo que se extendía por todo su cuerpo.

- Nos encantaría quedarnos a charlar pero les juramos a sus hijas que ningún bombardeo las alcanzaría. Debemos terminar de preparar el avión.

Neukirch se acercó al petrificado policía una vez los muertos se alejaron de él.

- ¿Entiende por qué no le recibí?
- ¿Cómo ha podido suceder?
- No lo sabemos.
- Llevan dos días muertos. Por el día quedan encerrados en su avión siendo imposible sacarlos. Los tenemos cubiertos con una lona para que nadie los vea. Por la noche salen a preparar su avión, despegan y vuelven antes del alba. Inmóviles.
- Debemos hacer algo. Es una aberración.
- Si el mando se enterase quedarían encantados. Pilotos inmortales, sin miedo a nada...
- Eso no sucederá mientras yo viva. La vida de mis hijas va en ello.
- No le entiendo.
- Hay que exorcizar el aparato.

Ni el agua bendita pudo con el sobrenatural cierre, tan sólo los cadáveres gimieron un lamento pero de nada sirvió repetir los rituales. La noche volvió a cernirse sobre la pista y del destartado aparato se apearon una vez más sus desdichados tripulantes.

Una mezcla de impotencia y alivio sacudió la rígida personalidad del policía al ver el caza maldito elevándose del suelo. Subió a su automóvil y se dirigió a intentar dormir a su casa.

No perdería más tiempo en aquel asunto. Silenciaría el tema con las herramientas que le proporcionaba el régimen y con esta determinación, se dirigía a su puesto de trabajo al día siguiente cuando sonaron las sirenas de alarma. Apenas tuvo tiempo de alcanzar el refugio del cuartel cuando ya caían las primeras bombas.

Sólo 20 minutos en el sótano que duraron como años. El calor de los fuegos llegaba hasta aquella recóndita estancia al igual que el olor del humo. Las explosiones de las bombas sonaban sordas una tras otra con monótona cadencia.

El encargado de la alarma llamó al puesto de control para pedir información del estado de la ciudad. Era un hombre joven con uniforme de las *Allgemeine* SS. Hizo unas pocas preguntas e informó que podían volver a subir a las oficinas.

Al pasar Hoffmann, lo detuvo respetuoso llevándolo aparte.

- Su hija se encontraba en el hospital, según tengo entendido...
- Las dos, una hospitalizada y la otra trabajando. ¿Ha sucedido algo?

- De verdad que lo siento, la zona del Hospital ha resultado arrasada por completo. En estos momentos es un verdadero infierno.
-

Dentro de la tragedia, el señor Hoffmann fue afortunado pues los cadáveres de sus hijas fueron recuperados de entre las ruinas del edificio. Se dice que nadie debería sobrevivir a sus hijos. Nada más cierto en el caso de un policía viudo. En la última fila de la capilla semiderruida, el capitán Neukirch asistía al sepelio de las hermanas. A la hora de recibir las condolencias el policía estrechó su mano conteniendo las lágrimas.

- Creía que debía saber que, el día del bombardeo, aquel avión ardió por completo sin resultar alcanzado por ninguna bomba ni acercarse nadie. Sus ocupantes fueron enterrados cristianamente ayer.

El Sr. Hoffmann asintió y volviéndose hacia las tumbas de sus hijas se desplomó con el corazón roto para nunca más levantarse.